

He visto de nuevo a Dios y más Ángeles

Hoy he entrado en un lugar donde la luz no cae del cielo, sino que se fabrica con paciencia humana. No era un templo ni un santuario, pero al cruzar su puerta comprendí que allí se celebraba una liturgia silenciosa, hecha de cables, tornillos, manos jóvenes y esperanza bien ensamblada.

He ido a **Hispaled**, una empresa que parece una empresa, pero que en realidad es algo más profundo: **una parábola en funcionamiento**. No hay retablos ni altares visibles, pero cada lámpara encendida es una proclamación discreta de **la luz que no se apaga**.

Allí se trabaja con normas de mercado, con exigencia de calidad, con responsabilidad económica. Nada es ficticio, nada es asistencialismo disfrazado. Y, sin embargo, todo está atravesado por una intención mayor: **que nadie quede condenado a la oscuridad por haber nacido en un margen**.

He visto dos geografías unidas por el mismo espíritu: A Coruña y Vicálvaro. En Galicia, la fábrica avanza con el ritmo normal del trabajo bien hecho. En Madrid, el corazón late de otro modo: allí se aprende, se repara, se forma, se vuelve a empezar. **Allí la luz no solo se produce: se transmite**.

Doce jóvenes caminan hoy por ese taller como por **un taller-escuela del Evangelio actualizado**. Vienen de Siria, Ucrania, Camerún, Marruecos, Perú, República Dominicana, Burkina Faso, Mauritania, Senegal y también de Madrid, de Fuenlabrada, de Vallecas. **Mounir, Lluia, Thomas, Anas, Giancarlo, Freylin, Taibata, Jose, Sandra, El Houssein, Abdou, Alvaro**. Algunos llegaron huyendo de guerras; otros, de pobreza menos visibles, pero igual de reales. Dos mujeres entre ellos recuerdan que la esperanza no entiende de géneros ni de estadísticas.

Los he visto concentrados, aprendiendo a medir, a soldar, a conectar. Y he entendido que allí se está haciendo algo más que formar técnicos en electricidad. **Se está reparando dignidad**. Se está devolviendo futuro.

Y de nuevo, sin buscarlo, el Evangelio se ha impuesto como una evidencia:

*“No tenía trabajo y me formasteis.
No tenía futuro y me abristeis un camino.
Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños,
a mí me lo hicisteis.”*

Allí he visto de nuevo a Dios.

No como teoría, no como idea abstracta, sino como **presencia que capacita**.

Un Dios al que no se sustituye, sino al que se enseña.

Un Dios al que no se infantiliza, sino en quien se confía.

Un Dios al que se le pone herramientas en las manos y se le dice: *ahora tú puedes*.

Pero de nuevo no he visto solo a Dios.

He visto también más Ángeles.

No descendían del cielo: llegaban cada mañana al trabajo.

Tenían nombres propios y responsabilidades concretas.

He visto a **Alex, Ricardo, Willis, José Miguel, Richy y Jorge**: guardianes del proyecto, custodios del equilibrio difícil entre empresa y misión, entre sostenibilidad económica y fidelidad al Evangelio. Ángeles de gestión, de visión y de riesgo asumido.

He visto a **Carlos** y a **Hamza** en el taller, enseñando con paciencia. Y en Hamza he visto un signo especialmente luminoso: quien ayer fue alumno, hoy es formador. La gracia que circula. La historia que se redime. El círculo que se cierra sin cerrarse nunca.

He visto a **Gabriel** ocupándose de las instalaciones, mostrando que también la precisión técnica puede ser una forma de amor al prójimo.

He visto a ángeles que acompañan sin invadir, que exigen sin humillar, que esperan sin rendirse. Ángeles que saben que la verdadera caridad no es regalar luz, sino enseñar a producirla.

Ayer mismo, tres de los jóvenes obtuvieron su título oficial de graduado. No fue un milagro espectacular, pero fue un **milagro real**. Tres vidas un poco más firmes sobre sus pies. Tres futuros menos frágiles.

La estancia dura tres años. Tres años como un tiempo bíblico: suficiente para aprender, para caer y levantarse, para madurar. Y ahora se sueña con una casa donde puedan vivir mejor, como ya sucede en Vitoria con Coindre Etxea. Porque **la luz también necesita techo**.

Y entonces la memoria me ha llevado atrás.

He visto al **Padre Andrés Coindre** en Lyon, entrando en el **Pío Socorro**. He visto los telares de entonces, ruidosos, duros, necesarios. Y de pronto los telares se han transformado en paneles LED, en cables, en placas electrónicas. La misma intuición. El mismo Espíritu. El mismo gesto fundacional: **enseñar un oficio para salvar una vida**.

El Padre Coindre no actuó solo. Se rodeó de hermanos y seglares, de suscriptores, de colaboradores. **Tampoco aquí nadie camina solo**. La Comunidad Laica Corazonista discierne, acompaña, arriesga y actúa en común. Como entonces. Como ahora.

He comprendido que Hispaled no es solo una empresa con alma.
Es una **obra comunitaria cristiana**.
Es un carisma traducido a lenguaje contemporáneo.
Es el Evangelio con casco de seguridad y chaleco reflectante.

Por eso puedo decirlo con la misma certeza serena que la otra vez:

He visto de nuevo a Dios y más Ángeles.

Estaban trabajando juntos,
bajo luces LED,
en un taller sencillo,
haciendo posible que otros aprendan a encender la luz
sin miedo a que se les apague la vida.

Antonio López García-Nieto, SC

